

que lo abarca todo con su acento, que no permite que se desdibuje en la escapatoria aislada, en este o aquel intento, el tono general.

El tono general. Aquí está la cuestión. Porque la pregunta de Enrique Díez-Canedo para todo Alfonso Reyes se podría repetir frente al poeta. De *Huellas* a *Cortesía* —para hablar sólo ahora de los poemas coleccionados—, ¿dónde está el poeta Alfonso Reyes, cuál es el verdadero? Y habría que contestarse que está en todos los rincones de su poesía y que todos los poetas diferentes dentro del mismo y único poeta son verdaderos. Nos lo encontramos tan pronto en la angustia y en el dolor como en la risa y la alegría (quizá veríamos en él sin alboroto, con una discreción muy mexicana, representado cabalmente el aforismo del genio de la música de todos los tiempos: “por el dolor a la alegría”), en la elegía honda y secreta y en el poema de circunstancias, en el poema de alcance y corte épico y en la cancioncilla o el epigrama, siempre un suave humor, teñido muchas veces de melancolía, bañándolo todo desde el alto verano de su luz. Y en un libro entero lo veremos comer y cantar las excelencias de la comida con todos sus aditamentos de conversación, cuentos de sobremesa y caldos con que regar una y otros.

Pero ese tono general, que es indudablemente el que da en poesía —como en todo lo suyo— al verdadero Alfonso Reyes, ¿de dónde viene, qué elementos contribuyen a su manifestación y a su color particular? Porque si bien se han señalado en Alfonso Reyes influencias e incluso ejemplos (el traído y llevado Góngora, que él comenzó a traer y llevar por cierto; su en cierta manera inseparable Mallarmé, al que ha vuelto recientemente en preciosa conferencia), lo que no deja ya lugar a discusión es que Alfonso Reyes, como poeta, tiene desde hace mucho tiempo su propia personalidad y un lugar bien definido —aunque no tan bien estudiado— en la poesía contemporánea hispanoamericana.

No es sólo en el acento personal donde centraríamos esa per-

sonalidad poética de Alfonso Reyes, sino precisamente en eso que quizá impropriamente hemos dado en llamar el tono general, probablemente indefinible como toda poesía y como todo tono en su esencia última, pero lleno por sí mismo, con el genio y figura de las relaciones que ampara, de precisión y contornos determinados cuando se entrega. El precioso “no sé qué” juanramoniano —que tampoco dejaba de ser precioso en el dieciochesco Feijóo, y sería curioso sacarle consecuencias con respecto a Reyes a esta en apariencia disparatada asociación— hubiese con toda seguridad definido mejor, con su deliciosa precisión imprecisa, ese tono general que tenemos con nosotros en la poesía de Reyes y que buscamos interpretar.

Poeta abierto Alfonso Reyes. Abierto a todo. Si otro poeta dijo que todo lo que se quema es poesía, Reyes podría decir que todo lo que nos entra por los ojos y el espíritu es material poético. Su rico y armonioso espíritu y sus ojos siempre abiertos y curiosos, los dos incansables en su colaboración constante, recogen de la vida diaria, del recuerdo y del conocimiento —incluso del dato y la papeleta erudita, con los que se sabe jugar maravillosamente— el temblor de la poesía. Todo se ata en la emoción subjetiva de Alfonso Reyes para subir con él, entrelazado ya en su aspiración artística sempiterna. Noble y sereno su arte, que es decir aquí su poesía, como sería decirlo también en otros sectores de lo suyo, siempre trasminados de ella. Popular y aristocrático a un tiempo, el poeta Alfonso Reyes es tradicional en el más puro y verdadero sentido de la palabra e innovador en el menos estridente de los sentidos, porque —siempre atento a lo nuevo, siempre nuevo él mismo— su sabiduría y su finura, la claridad de su inteligencia, le hacen estar ya de vuelta de todo. Y este estar de vuelta, este sabérselo ya todo sin pedantería, sin detrimento de la frescura, sin que nada se reste al hallazgo y a la sorpresa siempre bien hallados y gozados, es fundamental. En él reside para mí el secreto de esa serenidad que domina toda la poesía de Reyes, y el secreto también de ese equilibrio que le hace parecer y ser clásico en medio de los atrevimientos más

inusitados. Y con ello —que sería lo que el poeta mismo pusiera de su condición humana y de su estatura intelectual— la oposición, sólo aparente, de esos dos mundos que se encuentran en su poesía y antes señalados en su personalidad: lo popular y lo tradicional.

Entrecruzados con armonía (no sabemos si también gracias al saber del poeta o porque en él encuentran asiento de manera natural las dos corrientes que representan) esos dos mundos entregan a su verso un cauce nuevo, que será sin duda bastante común en la poesía contemporánea hispánica, sobre todo en la España que atraviesan las últimas generaciones, pero al que la formación de Alfonso Reyes y su situación especial dentro de las letras dan un sello personalísimo. En ninguno de los poetas a que pudiera aludirse en este sentido tiene este fenómeno de entrecruzamiento de lo tradicional y lo popular la perfecta armonía y naturalidad con que se da en Alfonso Reyes. Unos resultan demasiado populares; los otros demasiado intelectuales. Y Reyes no es un poeta intelectual a pesar de la dictadura de su inteligencia, porque el sentimiento fresco y espontáneo de su corazón triunfa siempre —sin derrotarla— de la inteligencia, ni es sólo poeta de sentimiento, gracias al dominio y vigilancia que sobre su sentir —muchas veces desbordado, aunque sea de manera soterrada— ejerce aquella. (Entre paréntesis y sólo de pasada, como señal que sumar a estas notas, sin tiempo para desarrollar sus ricas implicaciones, yo creo que no resulta nada desdénable en este equilibrio de fuerzas tan ligeramente esbozado la aportación del humor, elemento esencial y conjugador la mayoría de las veces, aunque en muchas ocasiones no se haga patente en forma abierta, en toda o casi toda la poesía de Reyes).

¡CUANTAS notas habría que añadir para intentar un asedio a fondo de la obra poética de Alfonso Reyes! Pero ir las ordenando sobre el desordenado montón anterior, aderezándolas con los necesarios ejemplos y citas, exigiría un espacio y un tiempo de que no disponemos. El tema general es tentador y la gozosa excursión por la poesía de Reyes que este artículo nos ha regalado, aunque los

resultados directos de ello no aparezcan en él, arroja material para un ensayo grande que ojalá nos fuera dado hacer algún día. Esbozar siquiera el índice de temas y notas sueltas que serían susceptibles de desarrollo inmediato, aun cuando sea en la misma deslabazada primera forma de una anotación marginal a una lectura, quizá sirva de acicate e invitación a quien quiera y pueda emprender la empresa, seguramente con mejores armas críticas que nosotros. (Yo sé concretamente quién, sobre poderlo hacer —aunque ahora esté entregado a otras cosas—, tiene en cierto modo la obligación de hacerlo si es fiel a sus afanes de esclarecimiento de los problemas de la literatura mexicana contemporánea. Y espero que si lee estas líneas se sienta aludido y ponga manos a la obra). Sigo el orden con que las notas están puestas al margen de la lectura de los libros de poesía de Reyes y encuentro las siguientes: determinar sitio exacto de *Huellas* en su hora. Influencias patentes. Preocupaciones y temas no evidentes, pero enlazados con la obra no poética del poeta, a señalar en la manera de enfocarlos. Mitología griega y helenismo. Los poetas franceses. Mallarmé traducido (en general, Mallarmé y la poesía de A. R.) Y luego los romances españoles. Góngora y Lope, con más Lope que Góngora. Literatura y poesía en lucha con triunfo indudable de la primera en *Huellas*. Depuración y triunfo no menos indudable de la poesía (por lo menos en el fondo) en *Pausa*. Salto que representa este libro: conquistas personales. Qué permanece vigente de lo anterior y qué hace la *Ifigenia* en medio. Recreación del mito: lo personal dentro de él. Historia y poesía. Vuelta a *Pausa* y a lo permanente de *Huellas*. La nostalgia: *Glosa de mi tierra*. Monterrey y A. R. Lo mexicano y lo español: el siglo de oro español y el tono mexicano. Los viajes. Las ciudades de Castilla y las "Ventanas". Los epígrafes en Reyes (aquí y en otros libros). La preocupación tipográfica. Los *Romances del Río de Enero*. Los dos paisajes y los otros. Los paisajes internos. Erudición y poesía. Notas o poética de los romances. Seguridad y escepticismo. Rigor. Al mismo tiempo, belleza suelta, fidelidad a la emoción. *Minuta*: juego intelectual y "juego

poético". Erudición fresca y traviesa. Ayer en la poesía de hoy. Discreción y medida, objetividad triunfante, humor sobre todo. *Otra voz*. Miedo a la cristalización: los "versos a contrapelo". La *teoría prosaica* y la poética que lleva dentro: cotejo con otras en otros sitios (*Romances*). El erotismo de A. R. (ceniza de la *Tonada*) y en toda su poesía (ensayarlo, por ejemplo, con *La amenaza de la flor*, etc.). Insistencia en lo mexicano. Y en la infancia del poeta (recuerdos constantes en ésta y otras obras). *La Vega y el Soto* —siguiendo el orden del libro, que acumula poemas y libros de distintas épocas—: la permanencia todavía de *Huellas* con lo español. El paisaje y la geografía mexicana: el golfo de México y Veracruz. Tierras americanas. El misterio del *Hombre triste*. Las *Yerbas del Tarahumara* y Francisco Hernández: lo intelectual y las calles de Chihuahua evidentes. Cervantes, Güiraldes y el paisaje argentino (importancia de éste —y el del Brasil— en la poesía toda de Reyes). Otra vez la infancia siempre presente, ya de vuelta en la vida. Honduras de *A media voz* y escepticismo en los poemas. Los sonetos y casi sonetos. La presencia de México (1939, etc.) frente a la nostalgia de antes. Nueva poética en el *Consejo* (1943): el número (contraste con poemas posteriores no coleccionados, como la *charla en sonetos*). La *cantata* por Federico García Lorca, simbolismo dominador del sentimiento vivo; la preocupación musical. *Villa de Unión*, emoción y sobriedad. Técnica del romance: ver sobre todo los *Romances y afines*, que abarca mucho. Por otros motivos, *Undecimilia*, que los cierra, con su claro misterio tristísimo (1945). Salto a *Cortesía*. Valor de los versos de circunstancias y panorama del poeta que completa este libro de manera específica. Y contraste (el tiempo de publicación para la cronología tan fácil y difícil de establecer) con los poemas últimos no coleccionados todavía: *Charla en sonetos*. El contraste era antes en cuanto a la poética; ahora sería en relación con el sentimiento. ¿Nueva voz? Desde luego otra fuerza dentro del *tono Reyes*. Y dentro de él —del tono—, el poeta da un poco el *do de pecho* que critica en el divertido prólogo a *Cortesía*. Situar estos sonetos en la obra entera

de Reyes. Y quizá partiendo de ellos, en lo que representan de plenitud verdadera, intentar una nueva valoración de todo, por los distintos caminos y temas generales a través de cada libro, siguiendo las constantes en todos ellos, más que en lo que cada libro arroje individualmente.

TEMEMOS que sólo cierta confusión se deduzca de todas las notas anteriores, sin que sea posible extenderse sobre ellas y sin posibilidad tampoco de añadir ejemplos con los poemas que les corresponden y algunos de los textos del autor que se aducen. (Por ejemplo, transcribir las notas que Reyes puso a sus *Romances del Río de Enero* hubiera sido utilísimo para la comprensión de muchas de las afirmaciones que aquí se aventuran, pero quedan por hoy —hasta que él se decida a publicar su poesía completa— en la preciosa edición limitada en que le llegaron a unos cuantos amigos privilegiados). Mas lo que importa en definitiva —y éste es el único sentido que tiene este artículo— es provocar el examen y discusión del tema. ¿Por qué la poesía de Alfonso Reyes se deja generalmente en un segundo plano o se olvida cuando se habla de su obra? ¿Por qué no encuentra el sitio verdadero que tiene —aunque lo encuentre formalmente en antologías, citas, referencias históricas, etc.— en la estimación de los admiradores del poeta como humanista y como escritor? Es injusto el hecho, sobre todo cuando es indudable —a lo menos así nos parece a nosotros— que la poesía de Reyes es el fondo esencial, el espíritu ordenador, la llama viva de su obra general. Volvamos, pues, sobre su poesía. Hecha "al paso del alma", como declaraba desde su primer libro, "sin volver los ojos" (pero volviéndolos constantemente en gozoso pasar y repasar), la poesía de nuestro gran Alfonso es el hilo que nos conduce a su secreto entrañable, a esa vida cristalina y honda que se siente latir atormentada o alegremente en su escritura. Y eso es lo que importa en la obra del escritor, por encima incluso de los grandes valores formales y de los grandes saldos de cultura que nos pueda entregar y nos entregue.

En mis mañanas de hace años, cuando la vida me acercaba en presencia a Alfonso Reyes más que ahora (cerca siempre), era raro que pasara alguna sin lectura suya. Parecía llegar al Colegio de México cargado con los frutos de la noche, cuidadosamente doblados los papeles en el bolsillo. Y al humanista admirable que me leía sus capítulos de literatura española, sus ensayos sobre teoría literaria o sus magistrales retratos de griegos y latinos, le brillaban como nunca los ojos cuando lo que traía de sus noches luminosas era alguno de sus desbordados sonetos —que suele guardar para su angustia— o el claro romance en que mejor se entrega. Para salvar estas notas no me resisto a transcribir uno de ellos (*Arte*), incluido en el tomo de la Nueva Floresta que le hicimos Joaquín Díez-Canedo y yo, y que es para mí cifra cabal y certera del poeta Alfonso Reyes, que es decir de todo Alfonso Reyes.

Perfecta rosa que adoro
y en sus pétalos de viento
lleva las aromas mudas,
suma los vórtices quietos.

Cifra y cápsula de mundos
que en mil años de secreto
ha juntado los arrobos
de lunas y de misterios.

Húmeda como creada,
fugitiva como sueño,
como los vislumbres rauda,
miedosa como el acecho:

Si a desvanecerte vas
en los ahogos del pecho,
bebe antes de mi sangre
toda la sal que te debo.

Llévate mi ser al fondo
de tus abismos de cielo:
no me dejes en el mundo
cautivo de mis deseos.

Número soy de tu cuenta,
danza de tu movimiento,
y a la vez que tu remolque,
ámbito soy de tu vuelo.

Cuando aspiras, cuando subes,
alondra de sentimiento,
para saciar tus auroras
la luz no tiene sustento.

Una leyenda de sabios
que hace mucho estoy leyendo
te esconde como mentira,
te desaira como cuento.

Mas yo que tus leyes sigo
y en tus aires me gobierno,
sé que en los usos del alma
eres el uso perfecto;

Que eres, como la música,
dulce plenitud del tiempo,
y maestra en ajustar
la voz con el pensamiento.

Que vives de no vivir
en otro vivir más cierto:
insaciable sed del agua
que no bebe su elemento.

Perfecta rosa que adoro:
para implorarte no encuentro
sino medir las palabras
con los latidos del pecho.

Francisco GINER DE LOS RÍOS

Cuadernos Americanos,

México, VII, 6,

noviembre-diciembre de 1948,

págs. 252-265.